

La Palabra Libre

Periódico republicano de cultura popular

Los originales que no hayan sido pedidos no se devuelven. De los artículos firmados responden sus autores.

Madrid, 14 de Mayo de 1911

La correspondencia a la Administración:
TESORO, 7, PRAL.

CRÍTICAS AJENAS

EL ALMA DE LA ESCUELA

La escuela tiene un alma

Porque la escuela tiene un alma. Entendámonos bien: cuando digo alma, quiero decir simplemente una unidad de vida moral. Y, en este sentido, la escuela ha de tener un alma.

La escuela que no la tiene vale muy poco. Yo he visitado algunas veces escuelas instaladas en buenos locales, con mobiliario excelente, con material de sobra, con maestros instruidos y que enseñaban según métodos modernos. Y, después de asistir a dos ó tres clases en estas escuelas, he salido descontento y triste.

¿Por qué? ¿Cómo explicarlo? Porque todo estaba bien, pero frío. Porque la enseñanza se daba perfectamente, pero de un modo mecánico. Porque allí faltaba el entusiasmo, la emoción, la fuerza interior, la idealidad. Porque la escuela no tenía alma.

¿Qué queréis vosotros para vuestros hijos? ¿Queréis que aprendan muchas cosas? Está bien, pero no es bastante. ¿Queréis que sepan ganarse la vida? Está bien, pero tampoco es bastante. Hay hombres instruidos y muy hábiles para enriquecerse y no por eso menos dignos de desprecio. ¿Queréis, además, que vuestros hijos lleguen a ser hombres honrados, leales, enérgicos, tolerantes, laboriosos, abnegados, llenos de bondad? Pues eso sí que es bastante. Pero a eso no contribuirá la escuela por más mapas y aparatos que en ella veáis, si la escuela no tiene un alma.

Imaginad que se llegara un día a descubrir la manera de dar a los niños en forma de píldoras toda suerte de conocimientos. El padre tomaría en su mano izquierda una cajita recién comprada, y con la mano derecha iría sacando las píldoras pedagógicas. Su hijo, delante de él, y con la boca abierta, se las tragaría dócilmente. Píldora de lectura, píldora de escritura, píldora de aritmética, píldora de historia... En cinco minutos el niño quedaría convertido en sabio. Pero ¿sería eso una educación? No. El niño sabría mil cosas, pero no se habría formado ni su razón ni su carácter. No sería esta la educación de un ser humano.

¿Qué ideal ha de tener la escuela?

Se me ocurre que acaso me digáis: Sí, señor: la escuela ha de tener un ideal; pero ¿qué ideal? Porque los ideales pueden ser muchos. Entre los que estamos aquí reunidos hay diversidad de ideales.

A esto os respondería que, para mí, lo importante no es que la escuela tenga un ideal determinado, particular, concreto, sino que tenga una idealidad. No soy partidario de imponer a los niños ninguna doctrina cerrada. A los casinos librepensadores republicanos, les diría: Es natural que queráis fundar escuelas laicas y cívicas; pero no fundéis escuelas del partido republicano. A los centros nacionalistas, les diría: Fundad escuelas catalanas; no las fundéis catalanistas.

Respetad la libertad del niño. Procurad que el día de mañana vuestros hijos tengan un ideal, pero no les exijáis que tengan el mismo que vosotros. ¿Veis la diferencia entre un ideal y una idealidad? La idealidad es el tono común, la nota común a todos

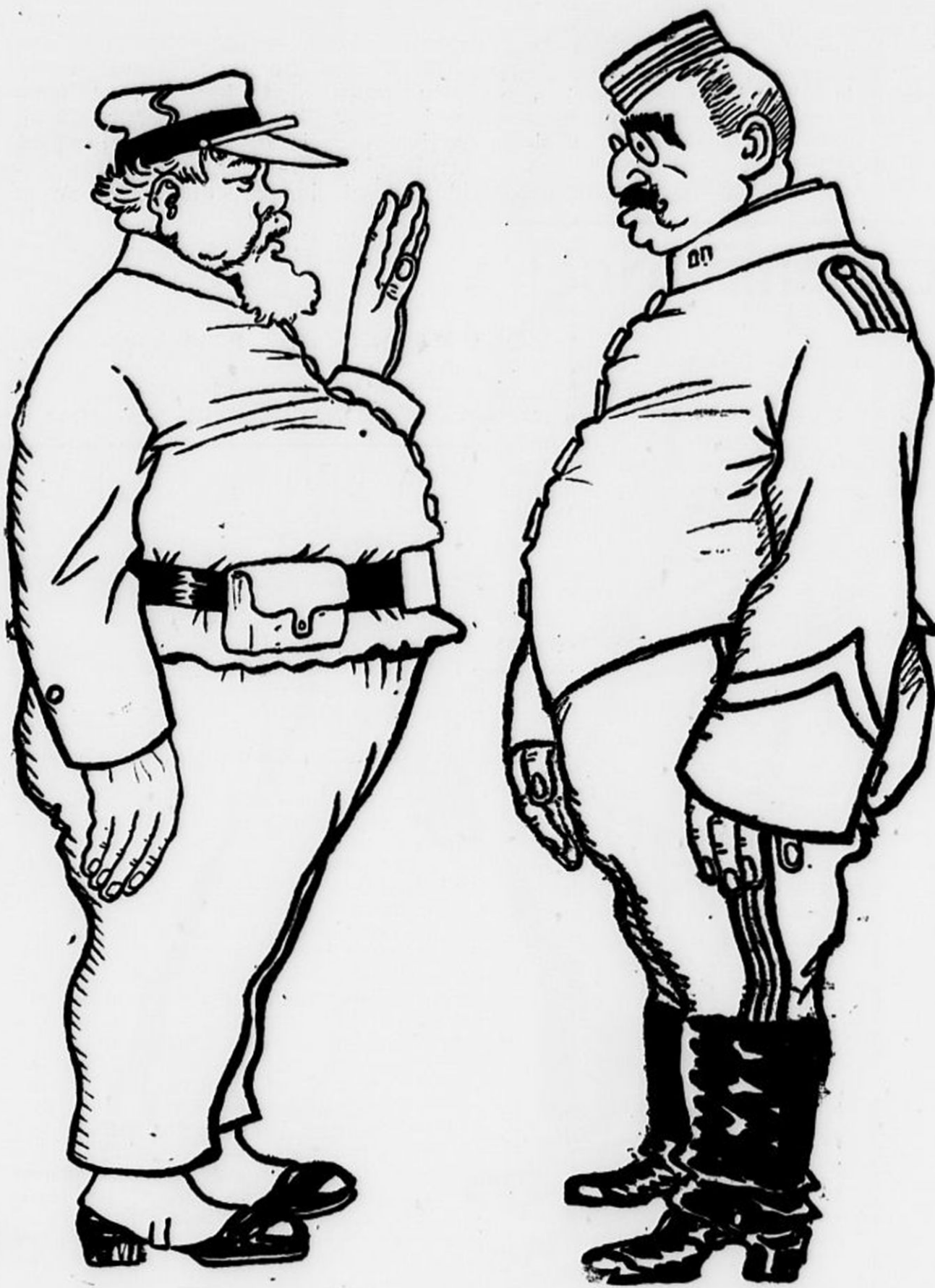
los ideales. Lo que importa, pues, es que la escuela y la vida entera del niño estén envueltas en un ambiente de idealidad.

Escuelas laicas y escuelas católicas

La escuela ha de tener un alto sentido moral, decimos; la escuela ha de tener una idealidad, la escuela ha de tener un alma.

En esto estamos conformes. Pero surge la cuestión de saber si esta alma de la escuela debe ser confesional católica, ó simplemente religiosa, pero no confesional, ó neutra en materia de religión, ó laica ó anti-religiosa. Aquí y ahora, la lucha está entablada principalmente entre la escuela católica y la escuela neutral. Y, al surgir esta cuestión, de tal manera apasiona los áni-

LOS DOS QUINTOS



Fallières.—Chico, yo me voy á Africa. ¿Vienes?
Canalejas.—Que te diviertas. Yo me quedo aquí, que es donde tengo la faena.

(De La Campana de Gracia.)

mos, que muchas veces olvidamos la otra cuestión, la que constituye el fundamento de ésta, y es, en todos sentidos, verdaderamente fundamental. Olvidamos que la escuela ha de tener un alma.

Me explicaré. Hay católicos que se figuran que con fundar una escuela con mucho rezo y con mucha doctrina cristiana, ya han fundado una perfecta escuela. Se equivocan. Las oraciones pueden ser puramente maquinales; el catecismo estar aprendido sólo de memoria y por rutina; la escuela no tener un alma. Con poner la asignatura de religión nada se ha puesto, si al mismo tiempo no se pone virtud, afecto, entusiasmo, calor del corazón.

Y hay también librepensadores que juzgan que con suprimir la religión ya lo han hecho todo. «Tenemos una escuela laica», dicen muy ufanos. Sustituyen el Santo Cristo por un busto en yeso de la República, y ya se creen que están resueltos todos los problemas. Se equivocan también, y á veces con la mejor fe del mundo. De nada sirve suprimir el catecismo si no se da á toda la escuela un tono elevado, si en ella no florecen los sentimientos más puros y libres de la humanidad.

No pregonéis á gritos como el gran mérito de vuestras escuelas: «Aquí se enseña el catecismo», ó bien: «Venid aquí, que no hay catecismo». No. Yo creo, oídlo bien, que la lucha entre la escuela católica y la escuela neutral, tiene una extraordinaria importancia. Personalmente, he tomado y tomaré toda la parte que pueda en esta lucha. No debe, sin embargo, hacernos olvidar que de ella sola no depende el porvenir de la escuela. Cuando habléis de vuestras escuelas, no dejéis de explicar si la instrucción religiosa se da ó no se da, ó se da sólo á algunos. Pero decid antes cómo entendéis la educación moral, decid que tenéis un ideal de perfección humana, decid que vuestras escuelas tienen un alma que interiormente las vivifica.

Luis de ZULUETA

Eugenio Noel

Sigue en la Cárcel nuestro querido amigo y compañero; lo tendrán unos cuantos meses, dislocarán su vida intelectual, demolerán su hogar, le amputarán sus afectos y después le absolverán libremente de cuantos delitos se le imputan á la hora de ahora. Esta es la justicia de nuestros días.

Con estadísticas á la vista, se puede probar que, de cada cien delitos de opinión que se enjuician, uno solo se castiga; pero la Cárcel, no obstante, tiene sus puertas abiertas para todos los luchadores de la idea y de la palabra. La Cárcel es en España el primer instrumento de gobierno y el más importante.

Los organizadores de nuestra vida no han observado aún que la justicia tardía no es justicia, sino venganza, y difieren sin piedad el juicio y la sanción en su caso. De aquí resulta la monstruosidad de que antes de comprobar si hubo ó no delito, se hace que el inculcado sufra la sanción, sin que haya compensaciones para quien resulta inocente. Yo sufrí durante más de ocho años consecutivos las persecuciones de la justicia con encarcelamientos y con inhabilitaciones para vivir y para trabajar, sin que, al cabo de diez y siete procesos, logran mis enemigos imponerme ni cinco pesetas de multa ni un día de arresto. Y tengo la seguridad de que mi caso no es único. Me parece que el honrado Castellote, en este *raid*, me ha ganado la copa de la amargura.

Además, en estas represiones injustas é injustificadas, sucede que, para atormentar al caído, todos se salen fuera de su órbita: los policías tratan con más consideraciones al ladrón profesional, por ejemplo, que al detenido por un delito de opinión; las libertades de los rateros ó de los camorristas las concede

de plantilla el chico de la escribanía, mientras la libertad del preso político la niega el juez obstinadamente, y á los artículos de la ley Procesal, que determinan el alcance y moderan la rigidez de la prisión preventiva, se opone el Reglamento de la Cárcel, que suele ser obra de un director analfabeto ó fanático de una de las múltiples escuelas penitenciarias fracasadas como procedimientos terapéuticos.

Por ventura, podemos contar el que en la Cárcel no suceda lo que en el Manicomio; de estos establecimientos se cuenta que el director se vuelve loco por sugestión ó por contagio; terrible cosa sería que el director de una Cárcel se volviera criminal por contagio ó por sugestión. ¡Qué amargura la de ver cómo por atormentar al preso intelectual lo privaba de libros y periódicos, le hacía comer á dedo, le limitaba las horas de comunicación ó lo encerraba en un calabozo negro y húmedo por la más leve infracción reglamentaria!

¡Qué horror, si Noel sufriera en la actualidad estos tormentos! Pero no, no los sufre; puede el médico volverse loco, pero el psiquiatra no degenera en criminal. Yo en la Cárcel he tenido libros y tenedor y cuchillo y cuchara y he recibido á todas horas visitas de amigos y jamás visité los calabozos. Y su delito difiere poco de los míos. Y la ley de Enjuiciamiento criminal le garantiza, como á mí, sus derechos. Por otra parte, los que hoy le persiguen en el santo nombre de la ley, no han de tener interés en convertir su corazón en archivo de odios y sí en dejar en su imaginación grato recuerdo de la placidez carcelaria, para que pueda en su día rememorar estas andanzas con la oración del fraile poeta:

«Dichoso y humilde estado
del sabio que se retira...»

Así sea. ¡Por él, por mí, por todos, por el buen nombre de España, que no sea como se dice y se lamenta!...

E. BARRIOBERO Y HERRAN

LA PROPIA CULPA

Publicábase, hace algunos meses, en esta ciudad, un semanario obrero. Invitado por el Comité de redacción, honré dos veces mi firma humilde en las columnas del valiente adalid de la causa obrera; pero lo hice de tal forma, que muchos amigos míos me echaron en cara la crueldad con que hablé de las gentes del pueblo bajo, ignorante y servil como ninguno.

Muchos fueron los que, en son de queja y aun de indignación, dijéronme algo parecido á lo siguiente:

—Es cierto que existe una muchedumbre de seres infrahumanos incapaz de sentir la rebeldía que ennoblece y redime; lo es que su ignorancia, su estulticia imponderable los arrastra al servilismo más vergonzoso y repugnante; lo es que á estos seres, mitad hombres, mitad brutos, no se les puede hablar de los bellos y altos ideales que empujan la humildad hacia un porvenir mejor que el presente; no entienden de abnegación, ni de altruismo, ni de cívicos deberes, ni de derechos y libertades; en sus cerebros abstrusos y en sus corazones abyectos sólo cabe el egoísmo bestial y la gratitud canina. Yo los he visto arrastrarse humildemente á las plantas del bárbaro patrono que los explota, los injuria y los maltrata sin piedad ni misericordia; los he visto traicionar por un miserable puñado de cobre la causa de sus compañeros de trabajo y de dolor, su propia causa, la causa de sus hijos; los he visto humillarse en presencia de los ricos y los poderosos, y mostrarse altivos, intransigentes, crueles, canallas, delante de los infelices de su condición que, por azares de la fortuna, están bajo su férula. Sé todo esto y sé más todavía: sé que carecen de dignidad, de amor propio, de honra, de conciencia, de ideas y de sentimientos humanos; sé que

en las horas amargas de miseria prostituyen las esposas y las hijas y se prestan á todas las infamias y á todos los crímenes. Mas dime, amigo mío, ¿no obedece esta abyección horrible á la ignorancia crasísima en que vegetan y á las hambres y miserias seculares que sufren? ¿No es culpable de esta degradación repugnante la misma sociedad que la causó y la utiliza todavía? No los acuses, no los fustigues; compadécelos, ten piedad de ellos y procura ganarlos con la dulzura, para la humanidad culta y libre. Me duele que los azotes sin piedad, porque así los alejas más de nosotros y abres un abismo de rencores que nos separará siempre.

De esta manera me hablaron aquellos amigos al leer los humildes artículos publicados por mí en un semanario obrero. Y, á decir verdad, aunque yo estaba profundamente convencido de la ineficacia de la dulzura para conquistar á esos semisemiantes nuestros, dudé un momento y me hice el propósito firmísimo de no reincidir en las crueldades censuradas. Pero ha transcurrido de entonces acá mucho tiempo y á mis manos, por obra de la casualidad, han venido á dar aquellos artículos, ya olvidados, y unos apuntes marginales hechos á propósito de las críticas referidas. Los he leído y releído atentamente y me he permitido meditar largo rato acerca de tan grave cuestión. Y, al fin de mis reflexiones, me pregunto con desconsuelo:

¿Los afanes de quienes hablan con dulzura á esos seres infrahumanos y la crueldad de quienes, indignados por su cretinismo, los hostigan, se verán recompensados por el alumbramiento de ideas y sentimientos en sus cerebros y sus corazones casi rudimentarios? ¿Es posible convertir en hombres inteligentes y dignos, capaces de comprender y amar nuestros anhelos, á esas bestias de apariencia humana?

Yo creo que los perros mansos que se arrastran á los pies del amo que los maltrata no poseerán jamás, aunque se les fustigue ó se les acaricie, ni la bravura ni la noble independencia del león, que, libre en la selva virgen, desafía con sus rugidos formidables á las potencias de la tierra, y preso en la férrea jaula, muestra rugiendo las fauces abiertas al denodado domador que antes ó después, pero indefectiblemente, ha de sufrir el zarpaço mortal de sus sueños de venganza.

No escribiré nunca más contra esa muchedumbre estulta y cretina del bajo fondo social, pero tampoco volveré hacia su roña los ojos esperanzados. De esa raza inferior que provee de lacayos las casas de la burguesía, de prostitutas los burdeles, de cabos de vara los presidios, de verdugos los patibulos, de alcabuetes y traidores las fábricas y talleres, de confidentes las agrupaciones revolucionarias y de perros de presa las legiones policíacas; de esa raza no saldrán, no, los valientes adalides de la libertad, los defensores de la justicia, los soldados del ideal que promete redimir el mundo.

Olvidemos que existe esa raza baldón de la humanidad y emprendamos por nuestra propia cuenta la obra redentora. Y si nuestros esfuerzos no consiguen adelantar la hora del triunfo, y si á nuestras orejas llegan los gritos de angustia y dolor de ese lamentable pozo social, pensemos que no es nuestra la culpa de que, ya redenta, la sociedad será feliz bajo un régimen de paz, de amor, de libertad y de justicia.

Siempre podremos decir, en descargo de nuestra conciencia honrada: «Hemos luchado casi con heroísmo. De sangre y de sudor está bañada nuestra frente, nuestro cuerpo y nuestro espíritu. Hemos luchado para redimir á todos, á los tiranos y á los esclavos, á los buenos y á los malos, á los ignorantes y á los sabios; no es nuestra la culpa si media humanidad, empujada en ser víctima y victimario de sí misma, ha levantado entre nosotros y el porvenir una barrera infranqueable, una cordillera de ruindades y miserias, de bajos egoísmos y viles pasiones, de estupidez y perversidad, una muralla formidable que detiene la carrera triunfal del progreso por tiempo indefinido. Hemos luchado para redimirte, humanidad, y tú has contrarrestado nuestros esfuerzos: cútrate, pues, de los dolores que padeces, y golpea tu pecho masticando el estúpido «Mea culpa» del imbécil cristianismo.»

Julio GOMEZ DE FABIAN

LOS REPUBLICANOS DE MI TIEMPO

—Oye, campesino, tú, ¿qué opiniones políticas profesas?
—Señor, soy republicano.
—Bien. Pero ¿serás republicano de Gambetta?
—No, señor.
—¿De Thiers?
—Tampoco.
—¿De Lamartine?
—Menos.
—¿Diablo!... ¿De quién?
—No os molestéis, señor Blanc; soy republicano de la República.

(Recherches politiques du Blanc.)

ESTUDIOS DE CABEZAS VACÍAS

I

Acostúmbranse los hombres—decía Castelar—á sufrir las instituciones á las cuales han nacido sujetos. Los hábitos de la servidumbre se confunden de tal manera con la misma vida, que no podrían faltar sin que los echaran de menos los siervos. Y el gran tribuno, que tantas cosas sabía, continuaba haciendo maravillosas consideraciones acerca de la Revolución. Sólo una cosa notábase en ellas: la ausencia de una crítica de la realidad. En la resbaladiza pendiente de las abstracciones, y mucho más cuando se dan sintéticas, como en su cerebro ocurría, la Revolución venía de Dios, era providencial, era semejante á uno de esos espantosos movimientos de la cólera divina llamados por Bossuet y tantos historiadores necios, providenciales. Y así comparaba á las revoluciones humanas á esas tempestades que mueven el mar para que no se corrompa. El hombre, pues, era un instrumento de esa cólera divina, y no existía el dato y la cifra humanos. Castelar, cuya cultura incomparable era digna de un Mommisen, procedía por concreciones seculares, y para dar la razón de un acto aglomeraba en los considerandos los sucesos de una época, la síntesis de un reinado, los frutos de una civilización. Fué por esa causa por la que los cuatro enormes tomos de su *Revolución religiosa* no son otra cosa que gigantescos arsenales de citas urdidas con prodigiosa maestría. Lo mismo puede decirse de todos sus libros, si se exceptúan las *Misceláneas*, hasta ahora sin rival, y algunas visiones artísticas como *El suspiro del moro* y *Recuerdos de Italia*.

Viene á cuento el anterior parágrafo, porque al intentar yo el retrato de muchos revolucionarios ó republicanos—¿no es lo mismo?—me encuentro con una innumerable cantidad de ellos perfectamente *castelarianos*, de verbo ampuloso, de maneras á lo Isaias y de un eterno reducir la Revolución á las causas finales ó primeras. Son muchos y quiero destacar y aun alabar su buena intención; pero de buenas intenciones empujaron la República ó el Infierno los del 73. Fascinados por el recuerdo de aquel orador de genio estos republicanos—que son legión—copiaron del maestro sus gestos, su pose, el sonido metálico de su verbo, la ficticia facilidad de sus síntesis y la deslumbradora gradación de sus encadenamientos históricos. Sin hacer escuela, porque escuela es sinónimo de perfección, esos buenos y amabilísimos republicanos continuaron la tradición en forma tal, que cristalizaron las frases é idearon un arte de hablar, curioso en extremo. Quintiliano hallaría en esa teoría magníficas invenciones. Resulta de esa manera que hablar es pensar en voz alta, y si puede ser á gritos, mejor todavía. La profundidad debe ser aparente; los períodos, redondos, sin puntos, enormes, hasta concluir en un ahogo de la voz en un mar de entusiasmo. El aplauso avivará la fantasía y se buscarán con los ojos en el aire, poblado de fantasmas, las imágenes que aturden y exaltan. Se trata de excitar, de conmover; la dialéctica se vestirá de encarnado y sonará el hopo de cascabeles; la idea fulgurará como un relámpago y el raciocinio breve, seco, cortado, hará de ex-

plosión final como rastrillo de fusta. El orador ó el *causser* eludirán de esta manera la dificultad de mover las conciencias, según las inflexibles deducciones que se desprendan de una idea. Y el auditorio saldrá ofuscado, apoplético, entusiasmado; pero con el viento frío de la calle se le irá el bermellón de los carrillos y las imágenes de la cabeza. No podrá satisfacerse con un pensamiento lógico, y si por ventura agarró por los cabellos una frase bella, de nada ó de muy poco le servirá. ¿Y qué importa? Estos republicanos, oyentes y oradores, tienen el corazón lleno de odios ó deseos, y preciso es verterlos ó escucharlos en otros labios, satisfacer un intenso amor propio, derribar con la palabra á latigazos á instituciones y altares. ¿No hablaba así Castelar? Y en sus ojos aparecerá el tribuno aquella mala tarde en que, replicando á Manterola, dibujó con palabras de sangre un Cristo en una de las páginas del Código.

A primera vista, el mal no tiene importancia. Para un organizador de círculos, juntas y comités, no la tiene; antes le presta una ayuda formidable. Para un pensador, este mal es un síntoma grave. Quien pudiera impedir esa facultad republicana de hablar incesantemente, quien supiera ridiculizarla, haría por la causa un gran servicio. Es una vana ilusión creer que tales oradores siembran semillas de trigo, esperanzas de pan. No pueden sembrar otra cosa que confusión, alborotar en las cabezas las ideas de República y régimen. No es la monotonía, ni la arrogancia hueca, ni la fatuidad: es la estéril tarea de un hombre que hace llover sobre mojado y arroja semilla almacenada siglos atrás sin arar hondo. ¿Qué extrañas sensaciones busca el hombre que al dirigirse á un auditorio convencido oficia de sacerdote y torna en púlpito la mesa roja de los casinos? ¿No tiene algo de monólogo su oración? «Voy á deciros una cosa que ya sabéis... y vais á aplaudirme porque os la repito una vez más.» Grotesco parece, y es ensartar las razones de siempre, los tópicos de hace veinte años en una palabrería de artificio, altisonante, propia de la cátedra sagrada, cuando hablaba Fray Gerundio, impropia de la majestad y severidad de las ideas republicanas, hoy que tienen esas ideas sobre el sacrificio de tantas víctimas propiciatorias la aurora de las reivindicaciones sociales. Los jefes no ponen trabas á ese mal de lengua, porque es el único medio que poseen de mantener el fuego sagrado en el Pueblo. Yo conozco otros; esos jefes deben conocerlos también. Todo antes que estas críticas se hagan en los enemigos como burla á nuestra enteca organización que agrupa en pequeñas iglesias á los fieles republicanos y les sostiene durante veinte años con el pan de la divina palabra. Estos imitadores del gran tribuno no han añadido á su cultura ningún otro adelanto, como si el mundo no hubiera progresado desde que murió Castelar. Y su pasión es tal, que recuerdan la de aquel navarro que no volvió á oír música desde que murió Gaiarre. ¿Y cuánta no es su furia cuando se les demuestra que el gran orador, cuyos artículos de política internacional aún no han sido igualados, fracasó precisamente por exceso de sabiduría, por aglomeración de conocimientos!... Aquel último discurso suyo en las Cortes—en cuyos párrafos finales se elevara á la más alta sublimidad, prometiendo escribir la Historia de España—debió ser la mortaja del republicano. Sus plagios execran su memoria, porque hablan hoy en el lenguaje y en las ideas de un período anticuado, casi arcaico, y descansan de su labor de héroes poniendo obstáculos al trabajo ardiente de roturación.

II

He oído á un orador salmeroniano y no dejaba de tener gracia. Es un modelo de los muchos que hay. Cree que el auditorio se convencerá si emplea en el discurso los procedimientos enrevesados del maestro ó aquellos términos conceptuosos plagados

de fórmulas krausistas que hicieron célebre á Salmerón. Vano empeño, digno de agrias y altas censuras. Impertérrito el orador que, sin duda alguna es un buen republicano, arroja á destajo sobre su asombrado auditorio epifonemas y apotegmas de estructura absurda. El quiere demostrarles que hay muchos modos de considerar la justicia, y concreta esas distinciones con una paciencia de catedrático alemán, hasta deducir que es justo sublevarse contra un régimen. Entonces abrirá sendas interrogaciones y se dirigirá á lo infinito, á lo abstracto, á las regiones donde el pensamiento se da químicamente puro, y con ellos cotejará la realidad minuciosa y separadamente disecada. Es edificante observar cómo oyen los circunstantes á los oradores que les hablan de estas cosas. Luchando por entenderlos abren ojos tamaños y debe ser sombrío su íntimo trabajo mental. Si para los mismos iniciados resulta complicado el mecanismo de esas filosofías, ¿qué resultará en la imaginación picardeada de un pueblo ligero? Estos oradores tienen de común, con los otros que estudiaremos, el desconocimiento del idioma. Sin el idioma del Pueblo es imposible hablarle con resultado. Sucede con nuestra lengua que siglos de miseria y de abyección la han empobrecido en sus formas elevadas de expresión, mientras han inundado el léxico popular con las más sutiles variaciones de la malicia, el desahogo, la hamponería y la filosofía barata ó bastarda. Sucede, además, que las palabras ricas, escasas de suyo, las odia ó las desdén el Pueblo, tomando á broma ó en seriedad ridícula su temple y desenfado. Así en la conversación y en su diurna labor usan un reducidísimo número de vocablos puros, que no se cuidan de ampliar, y que indudablemente no han de asimilarse ante un discurso. El orador salmeroniano, al abrir el caudal de sus filosofías, debiera traducirlas al lenguaje plebeyo, y como ese trabajo impropio requiere mucho amor á esas filosofías, las ideas saltan á la imaginación de los oyentes sin la debida selección y predicamento. ¿Por qué han de existir aún estos oradores tan lejanos de la verdadera oratoria como de la moderna cultura? Nuestro Pueblo es un compendio de todas las degeneraciones, y los escucha y los aplaude, aunque ignore lo que el orador los quiso demostrar. Se ha pasado el tiempo. Una vez más se habló de República. Y ni el orador ni el auditorio se dieron cuenta de que manejaban ideas sagradas, dignas de un culto fervoroso y de una seriedad severa, de un apostolado ardiente. Este pueblo republicano, que yo veo en los mítines, todo lo acepta sin pestañear, todo lo soporta, no cree en el tiempo y deja hacer con sombría imprudencia, mientras las horas le arrancan por momentos su esperanza, una esperanza que nadie le formula, le demuestra y le impone en el lenguaje sencillo y raro de su modo de reflexión, tan parecido al de los niños. Sobre estas reflexiones, y superando á la ineficacia de esos discursos, está la vanidad misma y complexión raquítica del conceptualismo. Hay en el republicanismo dos grandes males: uno que deriva de la Revolución francesa y otro de la Revolución intelectual de Alemania. Trasegamos muy tarde ambas cosas; forzosamente habían de dar un violento resultado negativo. No se tuvo en cuenta el carácter de las regiones españolas y se calcó en la necesidad de la unificación de los Reyes Católicos una revolución que en los procedimientos se parecía mucho á la desatada de aquellos reyes, eterno modelo de gobierno democrático á la española. ¿Por qué Costa no ha dejado discípulos y si los tiene aún aquel Bismarck de 1492, Fernando V el Católico? Salmerón no tuvo nunca filosofía propia, como el republicanismo español no ha tenido jamás un credo propio. Por ello esos oradores metafísicos y suprasensibles hablan al Pueblo formulando en enrevesada dicción teorías y sistemas de ideas, infecundas en sí por lo añejas, por lo derrotadas, por la misma venerabilidad que entrañan.

III

Las idolatrías no han muerto. Un mesianismo fatal rezuma del partido republicano; en su substancia, judío, y en su for-

ma, fariseo. Se busca un hombre con mil-lares de linternas. Se confía en un hombre que ha de venir. Se espera el Mesías que, por obra y gracia de su verbo, ó de su bra-zo, lo arregle todo, se compenetre de la situación de todos y lo lleve a cabo él solo, sacando sus fuerzas de donde pueda, in-cluido el origen divino. Ideal muy barato, muy cómodo y muy expeditivo. Nuestro Pueblo no se cansa nunca de errar, no sabe aún cuán absurdo es entregarse a un hombre, precisamente cuando su ideal pri-mordial es prescindir del gobierno de un solo hombre. Parece ignorar que es priva-tivo de la naturaleza humana el despotis-mo, y que el hombre ensalzado por sus propios méritos crea en sí mismo, tarde ó temprano, sangre aristocrática completa-mente azul como el añil del cielo. Además no entiende que no son las cuestiones hu-manas tan pobres de materias que puedan resolverse por uno de esos hombres pro-teicos en cuya inteligencia se concentran las razones de todas las cosas. Ya no pue-den existir esos hombres, entre otros mo-tivos porque á esos hombres les repugna-ria creerse de origen ultraterreno. Particu-larmente nuestro Pueblo, inculco como los terrenos en que vive, vario como ellos y como ellos rico en fuentes ocultas de ri-queza, ha encomendado su salvación á un idolo y se ha dormido tranquilo esperando el maná de los actos unilaterales de aquel hombre. Esos actos han sido *siempre* des-agradables sorpresas. Unas veces el Pue-blo los ha devorado. Danton decía al ver-dugo en el cadalso: «*Enséñame mi cabeza al Pueblo; vale la pena.*» Otras el Pueblo los abandona en la mayor miseria. Algunas veces el héroe vuelve su látigo al Pueblo, le domestica, lo que no es muy difícil, y se hace coronar por él mismo en cualquie-ra de las basílicas que tuvo la misión de destruir. Y no escarmienta. Todos los re-petidos fracasos de la idea republicana ra-dican en el culto á un hombre bragado. Y es que mi pueblo, imaginativo ante todo, se personifica los peligros, los personaliza y cree que el duelo ha de ser entre el rey y ese hombre, entre ese hombre y la Co-tona.

El espectáculo de esta desorientación aturde como un mal sueño. ¿Cómo expli-car á ese Pueblo mío que no son los hom-bres, sino las ideas (1), que no es el hom-bre, sino el cerebro los factores de la obra á realizar? Un hombre solo no podría *traer* la Revolución. Ese verbo subrayado es un gran poema. *Traer la Revolución* es la expresión justa de ese delirio maniaco del Pueblo. La Revolución no *se trae*, la Revolución *se produce*. Es un fenómeno de labor continua, no natural; es la concre-ción de muchas circunstancias, no la inte-gral de un cálculo. El idolo hablará en tono campanudo de sacudimientos telú-ricos, de derrumbamientos sísmicos, de mu-taciones de tramoya; pedirá un voto am-plísimo de confianza y se rodeará de *hom-ínuculos* incondicionales, portavoces su-yos y corifeos de su propia inspiración. A fuerza de hablar así, llegará á creer que es, en efecto, el enviado de Dios y el hijo del hombre, como decía el dulcísimo Je-sús: impondrá al Pueblo su autoridad sin límites. Pasarán diez ó veinte años, y la Revolución seguirá siendo una esperanza, y ocurrirá el absurdo de que el Pueblo amará á ese hombre. El culto al individua-lismo asesina las ideas, como el hambre las células, porque las esteriliza en la inacción. Se ha creído desgraciadamente por los mismos idolos del Pueblo que la Revolución era semejante á un cataclismo y que sobraba con el Pueblo para provo-carle. Cuando ven su engaño se fían á la evolución lenta, á la obra de la gota de agua que trae consigo el cansancio, la agravación del mal, un desglose ó desfile de fuerzas, y como suma de estas mise-rias, la división en pequeños cenáculos por disidentes guiados al *ostracismo*—palabra de idolo—.

¿Cómo demostrar á esas masas obceca-

(1) Hermosa sobre toda ponderación fué la discusión entablada entre Ramiro de Maeztu, Ortega y Gasset, acerca de este asunto, el más trascendental de nuestra actualidad política. Sin embargo, no sé que ningún republicano se diera cuenta de ello. Esos republicanos nues-tros se consumen en la sinistra envidia y en una lucha desesperada contra su impotencia para el sacrificio. Se puede decir de ellos que viven de milagro.

das y suicidas su desviación de la línea recta? ¿Cómo asegurárselas que no es el idolo quien *trae* la Revolución, sino el es-tudio de las circunstancias sociales quien la *crea*? Por ventura vivimos, hace treinta y cinco años, en perpetuo estado revolu-cionario, en perenne acto de indisciplina, protestando de todo, amargamente lloran-do sobre los fracasos que se suceden como las palizas y las aventuras del famoso manchego. Caldo de microbios es tal es-tado de cosas y gelatina reproductora de bacterias. Así es que los idolos pueden vi-vir sin discusión posible. Porque no llamo discusión á esos ramores, escritos muchos de ellos de subvenciones y simonías y so-bornos; pero si los llamo un toque de alarima y un buen aviso de plaza de toros, porque revelan que las muchedumbres pi-den cuenta del *tiempo* empleado en los preparativos revolucionarios y dan un va-lor determinado á ese *tiempo*. Se han ido los dioses, han fracasado los idolos, se de-cía en Europa hace unos años. En España quedan, porque el Pueblo, que aspira con la Revolución á gobernarse por sí propio, no sabe arrojar á su dueño actual sino cambiándole por otro flamante. ¿De dónde nacerían esas divisiones del partido si esos idolos no existieran? ¿Qué funda-mento tendrían esas divergencias de par-tido si no existieran los idolatras, semilla nada, peor que sal y langosta? (1).

IV

La impedimenta del republicanismo es su bagaje sentimental y llorón. Parece que mendiga, que pordioseca la victoria. Siem-pre que habla de sus ideales trata de sus necesidades y guarda su hidalgo orgullo para los débiles y no acomete las institu-ciones con los argumentos apodicticos del derecho del hombre, de las prerrogativas del ciudadano. Mientras se incuba en las entrañas de Europa esa nueva forma ideal de gobierno, el socialismo; mientras se celebran los Congresos internacionales so-cialistas, los republicanos españoles, res-petuosamente al pie del altar y del trono, se concitan en conciliábulos que tienen mucho de aquéllarres y fulansterios, espe-rando, como decía Ruiz Zorrilla, que *des-encien facturada la Revolución desde Pa-rís*. El tal sentimentalismo consiste en una propensión invencible á recordar, á guiarse por el consejo y las máximas de los muertos, no queriendo profanar la me-dula de aquellos cerebros venerandos. Con-siste además en el puente de tálco que han tendido entre las viejas normas de comba-te—gritos, decía Núñez de Arce—y las for-mas modernas de las ideas, y que verda-deramente podía llamarse *de los suspiros*, como el de Venecia. Estos suspiros son simbólicos y representativos. La raza más cruel del Mundo es la más llorona. Derra-ma la sangre, y la sangre le irrita. Muy pocas veces nuestro Pueblo demuestra el vigor de que ha alardeado durante un si-glo; ese vigor parece una leyenda más. «*Es valor*—pregunta Tolstoi—*la acometi-dad ciega, el esfuerzo impulsivo, la irri-tación dramática? Valor es la resistencia pasiva, el impulso callado y constante.*»

Nos falta la idea del valor. No conocemos más que el brio, la marcha. Nuestro ideal es el paso doble. Sujetamos la conciencia ó el desenfreno á los acordes de una cha-ranga y marchamos á la muerte sin sere-nidad, pero con descaro, sin conocimiento

(1) Como la Revolución portuguesa ha de ser en mucho tiempo término de comparación para nuestra incuria é incultura, conviene avi-sar a los incautos. Las divisiones que existían entre los republicanos portugueses eran mas bien aparentes que reales, y aun esas se solu-cionaron gracias á la abnegación cívica de Cos-y Almeida, que depusieron sus triunfos respec-tivos ante el ara del ideal. Y es que en Portu-gal, este idealismo estaba profundamente arraigado en el pueblo, gracias á la obra difícilí-sima de esos diputados, que arrojaban á bra-zas su propaganda en unas almas roturadas por los hombres de Coímbra, por las sátiras de Garret, el Beaumarchais portugués; por los poetas João de Deus, Anthero de Quental y Guerra Junqueiro; por los novelistas Eça de Queiroz y Camilo Castello Branco; por los poli-grafos de fama europea como Herculano, Teó-filo Braga y el doctor Bombarda. Conviene no olvidar esto porque las idolatrías están en el republicanismo español más arraigadas que el propio ideal contra el que de ese modo con-spiran.

del peligro, pero con un estoicismo brutal, con el mismo de Indortes ó el de Viriato. El republicano llorón habla sin miedo, pero suplica, discute su ideal con vacilación, murmura, no ataca, reta y no vence. El derecho político, la cultura, la ciencia so-ciológica, abren sus páginas para que en ellas tome á manos llenas los argumentos que necesita contra las instituciones que han de ser destituidas ó reemplazadas. Prefiere despertar en su conciencia ó en la de los oyentes los más profundos senti-mientos, á despertar la reflexión cuyas ba-las matan sin remedio. Las multitudes y los individuos se agostan en ese sentimen-talismo ramplón que viste los ideales de colores chillones, como á hijos de gitanos, y adorna las conciencias con alamares y realces á semejanza de los trajes de los lidiadores. Les entusiasma la idea de Pa-tria y de Progreso, y la idea Hombre y Hogar les tiene sin cuidado, como si no fueran la substancia de aquéllas. Hemos despreciado siempre la reflexión, *la funes-ta manía de pensar*. Viejo vicio de raza es el abandonar la obra política y social á los acaparadores y abastecedores, como si no fuera obra común. Un viajero de China recuerda á este propósito que preguntó á un chino muy rico de Pekín: «*Por qué no os ocupáis de la política y gobierno del Imperio?*» El comerciante amarillo respon-dió: «*¿Yo? Nosotros pagamos para ello á nuestros políticos. Eso es cosa suya.*»

Elementos nos sobran, nos sobra entu-siasmo, fe, confianza, ilusión, deseo, an-gustia. Falta únicamente lo esencial: la reflexión. Se ha dicho que nada hay más contrario á la Revolución; pero no lo di-cen quienes entretienen al Pueblo hace veinte ó treinta años hablándole con espe-luznantes detalles de una terrorífica Revo-lución vienesa con muchos y muy bien uniformados soldados. El sentimentalis-mo, que es el botín de guerra de toda nues-tra literatura y política práctica, crea esos auditorios, á los que se puede llamar sin escrúpulos muchedumbres; inconscientes y ciegos acuden allí para darse el placer de oír cien veces lo ya glosado, deglutido y transformado, lo que en silencio y á so-las cada uno se repite y sabe de memoria. ¿Qué aplaudirán esas masas cuando pal-motean á un hombre sudoroso y rojo que canta los ideales en pugna con las costum-bres é inventaría los agravios del régimen sorteando hábilmente, si no es disputado, las leyes maldecidas de excepción?

Eugenio NOEL

(Concluirá.)

Cárcel Modelo.

Si los hombres llegasen alguna vez á contentarse sólo con los bienes materiales, es de creer que perderían poco á poco el arte de producirlos, acabando por gozar de ellos sin discernimiento y sin progreso, como los brutos.

ALEXIS DE TOCQUEVILLE

El genio español

En todo tiempo, y claro está que prin-cipalmente por parte de los extranjeros, ha sido objeto de discusiones, más ó menos acaloradas, la capacidad de los españoles para servir de factores activos á la marcha ascensional del progreso y de la civi-lización.

Y al juzgar del genio, intelectualidad y demás disposiciones naturales que nos son características, los extranjeros, tras proli-jas disquisiciones, han acabado siempre por reputarnos como meras máquinas in-conscientes, como simples *automatas de carne y hueso, sin cerebro ni voluntad*.

Se nos tiene por graves, eso sí; pero nuestra *clásica gravedad es comparada á la triste gravedad de la muerte*.

«La gravedad española—escribe Salme-rón—ha pasado por un proverbio, siendo muy notable la pausa con que los espa-ñoles proceden en sus asuntos, y su andar es tan lento, que á corta distancia no se sabe si se mueven.»

Juan Heineccio ponía por una de las se-ñales más características de la indolencia estéril la *reposada lentitud del paso espa-ñol*, y no ha faltado quien nos haya su-puesto únicamente aptos para rezar en los

templos, gritar en los toros y manejar, en las bulliciosas juergas flamencas, hábilmente las *castañuelas*.

Es tal y tan axiomática resulta fuera de España la errónea creencia de que los bravos descendientes del *Cid Campeador* sólo servimos para soñar quimeras estupendas y consumirnos infecundamente en los tedios agostadores de la inacción y del abandono, que hasta llega á suponerse, y no sin fundamento, por desgracia, que aquí todo lo esperamos del milagro providencial, del acaso, de la loca fortuna, en una palabra, de la *lotería*.

Y tan arraigada está en el extranjero la absurda creencia de que somos una nación extraña formada de chulos infecundos, de hidalgos analfabetos y de piadosos haraganes de mentalidad extraviada, que, así como nosotros llamamos *castillos en el aire* á todo proyecto ilusorio ó agradable desvarío con que suele deleitarse á veces, en sus bellos ensueños de color de rosa, la exaltada imaginación humana, los franceses le dan el nombre de *castillos en España*...

◆◆◆

Sí; todos convienen en que el genio español es un genio disparatado, un *genio quijotesco* dispuesto siempre á realizar, lanzón en ristre y caballero sobre escuálido trotón de férreas gualdrapas, la *tremenda fazana* de embestir desaforadamente contra los clásicos molinos de viento, immortalizados por la hermosa fabula cervantina.

Pero, al juzgar de las causas y consecuencias que producen la inferioridad evidente del genio español, los extranjeros suelen equivocarse casi siempre, formulando toda clase de juicios inexactos y de conclusiones completamente erróneas.

Unos afirman que nuestro atraso y nuestra inferioridad material y mental son obra del clima en que vivimos, y otros, los más, y desde luego los mejor orientados, aseguran que se deben á varias causas políticas, morales y sociales, y muy principalmente á la tremenda reacción religiosa á que casi siempre estuvimos sometidos los infelices hijos de la vieja Hispania.

Cierto es, de toda certitud evidente, que, por efecto de la mala política generalmente seguida desde épocas remotas por los gobernantes hispanos, el pueblo español, rodeado de un medio gubernamental, económico y social, precario, de tiranía, de ignorancia y de miseria, permaneció aquí casi siempre postrado en los marasmos, consumidores de la inactividad, del error y de la pobreza. Pero no es igualmente cierta, ni en realidad podía serlo, la afirmación sentada por cuantos aseguran que el lamentable estado de penuria intelectual en que á la hora de ahora se agitan las masas de nuestro pueblo, sea la consecuencia lógica, el resultado indeclinable, *fatalmente indeclinable*, del influjo del clima y demás disposiciones naturales de esta Península, ni mucho menos que obedezca á defectos de raza perpetuados por la *via hereditaria*.

No; no es el clima, no. El clima peninsular, por más loco y variable que se le suponga, no puede influir gran cosa en la triste inferioridad material é intelectual en que se desenvuelve, lánguida y monótonamente, la existencia social y espiritual de nuestro pueblo.

Lo que nos tiene aniquilados á la inmensa mayoría de los españoles, lo que agosta nuestras energías espirituales y consume el genio nacional, es el *exceso de sobriedad*; es el miserable *jamelismo mental y estomacal* en que, por culpa de nuestras clases directoras, abúlicas, de espíritu atrofiador y mezquino, se desarrolla la triste existencia del pueblo domeñado.

En diversas épocas históricas, las mismas razas, bajo el influjo del mismo clima, Grecia y Roma fueron bárbaras y sabias, valientes y cobardes, poderosas y desgraciadas.

El clima, pues, no influye, ó influye muy poca cosa, en la elevación ó decadencia de los pueblos.

Lo que evidentemente salva ó hunde á las razas y á las nacionalidades, es la mayor ó menor elevación política de sus hombres de gobierno, y la más ó menos grandeza de alma de que puedan hallarse dotadas sus clases directoras, mesocráticas y pudientes.

El genio de los pueblos se engrandece en la abundancia y en la libertad, que son los dos grandes elementos vitalizadores que todo lo regeneran, elevan y dignifican, promoviendo el progreso y la cultura general.

La grandeza económica de un país casi siempre determina el encumbramiento intelectual del genio de sus pobladores.

Las naciones sobrias y mal gobernadas, cuya extremada precariedad económica tiénelas permanentemente sumidas en las tristes languideces de la miseria y de la mediocridad, jamás lograrán elevar la potencia espiritual de su genio, ni conseguirán influir, *en calidad de motores activos*, en la marcha ascensional del progreso humano.

Solamente los pueblos ricos y bien gobernados, los que consumen con abundancia y viven ampliamente la vida de la libertad y del derecho, consiguen elevar la potencia invernadora de su genio á las altas regiones de la cultura consciente, que es la única cultura positiva, pues que en ella late pujante el espíritu soberano del saber y de la fecundidad.

Nuestro pueblo es uno de los pueblos *civilizados* en que menos y de peor calidad se consume. Y si su estómago es pequeño, ¿cómo ha de tener grande el cerebro?...

Irrefragablemente, la abundancia es el medio más apropiado para promover el engrandecimiento del genio de las naciones.

Un pueblo bien alimentado y gobernado democráticamente; un pueblo rico que viva intensamente disfrutando de la mayor suma posible de derechos políticos, económicos y sociales, resultará siempre un pueblo poderoso, contra el que nada podrán los locos desvaríos ni las enfáticas baladronadas de los pueblos miseriosos que viven entre acerbas penurias, tiranizados y á medio alimentar.

Los que hablan incesantemente de regenerar á España y pretenden conseguirlo comprando cañones y más cañones y adquiriendo formidables barcos de guerra; los que sueñan con levantar el genio nacional *disponiéndose á crear una España nueva*, y sólo piensan en la formación de grandes cuerpos de ejército y en la edificación de fortalezas guerreras más ó menos inexpugnables; los que de tal modo discurren y obran, desde luego no saben lo que se pescan y perderán lastimosamente el tiempo, y, lo que es infinitamente peor, *el dinero del exhausto tesoro nacional*.

Ya lo dijo el gran Costa en sazón oportuna: «Aquí lo único que hace falta es promover la revolución de la *escuela, del canal y de la despesa*.»

En un pueblo pobre, ignorante y africanizado, de nada sirven las escuadras guerreras más formidables ni las armas modernas de precisión y gran alcance.

Para que una nación se fortalezca y sea respetada y *hasta temida*, si es que tal se pretende, es preciso procurar á todo trance que el pueblo, base fundamental de la nacionalidad estática, viva en la mayor abundancia posible, que consuma con holgura y disfrute de la más amplia libertad. En una palabra: para que la nacionalidad brille en las grandezas de su plenitud soberana, es menester que el pueblo *exista en sí y para sí como fin y jamás como medio para el sostenimiento de ciertas instituciones patrimoniales políticas, oligárquicas y acaparadoras del poder y de la riqueza social*.

◆◆◆

Evidentemente, la miseria es el medio morboso en que se desarrolla la triste vida de los pueblos inferiores de economía averiada y de espíritu depauperado.

Por el contrario, la abundancia es la maravillosa *fuerza de Juvencio*, donde los pueblos y las razas se regeneran y vigorizan, remozando la lucidez de su conciencia, humanizándose y elevando la potencia creadora de su genio.

En consecuencia, los que, desde las elevadas alturas del poder y de la preponderancia social, pretenden regenerar la patria decaída, si de veras anhelan conseguirlo, preciso les será cambiar de método procurando europeizarse.

Sí, eximios gobernantes hispánicos; sí, honorables clases directoras que vivís preponderantes bajo el dulce fuero del privilegio, de la riqueza y del Poder; os es ne-

cesario, ineludiblemente necesario, orientaros á la moderna.

Os hace falta romper los moldes viejos, porque el *morunismo, el santo morunismo tradicional, ha quebrado ya para siempre*.

Si queréis transformar esta España encienque, de medula africana, en una nacionalidad culta, vigorosa y activa, es preciso que vuestros esfuerzos, todos vuestros esfuerzos, se encaminen derechamente á promover en vuestra patria una era de paz, de cultura, de libertad, de trabajo y de abundancia. Procurad que las masas populares consuman sana y abundantemente; remozad las energías físicas del pueblo llevando á los estómagos elementos nutritivos capaces de ingerir hierro en la sangre anémica y de despertar el fósforo cerebral, adormecido por la soporífica mordería del hambre; en una palabra, dignificad la conciencia nacional en las copiosas fuentes de la abundancia fecundizadora y regeneradora, y entonces veréis cómo surge y resurge, cual nuevo Fénix, de sus propias cenizas, el flamante genio español, tan potente para las creaciones severas, científicas y utilitarias, cual lo fuera, en tiempos ya remotos, para la forja maravillosa y deleitable, de absurdos portentosos, de empresas titanescas y de sublimes quimeras ideales.

El genio español, que hambriento creó el *Quijote*, asombre deleitable de la Humanidad civilizadora el día que le *déis de comer* cuanto apetezca, que, estando *harto de pan y de cultura*, deje de soñar calenturiento y débil, desplegará magnífico todas sus sorprendentes gallardías viriles, y, dejando de ser el loco portentoso, el sublime visionario enamorado de lucientes fantasmas, de ensueños estupendos y de toda suerte de ficticias quimeras ultranaturales, el genio español, pese á la supuesta *influencia del clima y del bagaje hereditario*, se mostrará al mundo en toda la deslumbrante plenitud de su apogeo soberano, tan potente y fecundo, consciente, lógico y razonable, cual puede y debe serlo el augusto genio, inspirador de los pueblos cultos, ricos y libres...

Donato LUBEN

LA VIDA EJEMPLAR

(Cuando se alzaba el telón y me acerqué á la batería, una ola de perfumes finos acarició mi olfato; la blancura de los encajes, el colorido suave de sedas y terciopelos, y el brillo de las joyas, halagaron mis ojos; el delicioso murmullo de voces femeninas fué gloria de mi oído, y di principio á mi lectura.)

Señoras y caballeros: Como sois ejemplares acabados y perfectos de «la vida ejemplar», asunto de mi conferencia, he suprimido las ilustraciones; bastará que os miréis los unos á los otros. La vida ejemplar, es lo que llamamos vulgarmente «la buena vida»; nadie puede negarme, por obscurecido que tenga la intelecto, que una buena vida es ejemplar. Y ¿á qué llamamos buena vida? Casi huelga por completo la definición. Buena vida es la que se va deslizand entre comodidades y placeres, y como esto sólo se consigue con dinero, buena vida es la del hombre adinerado, y como ya dijimos que vida ejemplar y buena vida son sinónimos, evidentemente lo son también «hombre adinerado» y «hombre ejemplar».

Así, pues, el hombre ejemplar no lleva nunca los codos agujereados ni los pantalones con rodilleras; cuando no le veáis las botas muy relucientes yendo á pie, será porque, anteponiendo aquella obligación á todas las demás, camina derechamente hacia la tienda cercana del betunero. Frecuenta la peluquería y viste con elegancia; sus gabanes, forrados con frecuencia de pieles, nunca son de color de ala de mosca ni raquíllicos y cortos; amplios y largos, le abrigan bien, distinguiéndose de los que llevan los zarramplines y los bohemios. El hombre ejemplar toma con frecuencia un coche de punto para no fatigarse, cuando no tiene coche de su propiedad ó automóvil; come bien y con abundancia, en su domicilio, en los restaurants, en las casas de los amigos; fuma puros habanos y es devoto del buen café y de los buenos

licores. Al salir de los «cines» habla con las *directas*, que le sonríen muy cariñosamente. Le horrorizan las deudas; el espíritu mercantil que le informa tiene por lema: «Robar, sí; pero deber, nunca». El que paga descansa, dice un adagio, y como también descansa el que roba, que para eso roba, el hombre ejemplar descansa doblemente.

Como es lógico, el hombre ejemplar se ha casado con la mujer ejemplar, hermosa y elegante, ó adinerada y lujosa; y los frutos del matrimonio son los niños ejemplares, aquellos á quienes los amigos de la casa regalan más golosinas y los Reyes Magos traen más juguetes.

El hombre ejemplar, mientras toma el desayuno, abre su periódico para ver la cotización de los valores públicos; después de la cena, ó en el primer entreacto si fué al teatro, busca en el diario de la noche la misma sección. Este detalle caracteriza muy singularmente al hombre ejemplar. En un baile de máscaras, disfrazado de Pierrot, ó en el eterno carnaval de la vida, subido en un pescante ó á la puerta de la carbonería que regenta; cuando veáis que alguno, sea cualquiera su porte y su condición social, mira lo primero en un periódico las cotizaciones de la Bolsa, podréis tener por cierto que os halláis en presencia de un hombre ejemplar, actual ó futuro. Si no es rico, él sabrá enriquecerse por buenas ó malas artes.

A la ejemplaridad se llega por varios caminos, pero son los más frecuentados la herencia, la política y el comercio. La herencia puede ser paterna ó colateral, esperada ó inesperada; con los del último grupo se pueden alistar los enriquecidos por la lotería. La herencia esperada, paterna ó colateral, dió asunto mil veces á los novelistas para ofrecer al desprecio de sus lectores caracteres codiciosos y criminales. Como no han heredado nunca ni suelen dejar herencias, los novelistas desconocen el asunto. Sucede lo que dicen, claro es; pero no hay tal codicia ni tal crimen; si los hubiera, la sociedad y los tribunales castigarían á los delincuentes; y no solamente no van á la cárcel, sino que van en coche y frecuentan las diversiones públicas y particulares, donde son muy bien recibidos, haciendo gala de su dolor en frases lastimeras y en lutos elegantes. Nunca les véis decir del muerto que fuera un imbécil ó un bandido; al contrario, le prodigan mil alabanzas y lamentan su desaparición. ¿Puede pedirse nada tan moral y sincero? La herencia inesperada y la lotería producen ejemplares bulliciosos y desconcertados que no siempre saben defender su ejemplaridad y su dinero; estos infelices, incapaces á veces de la necesaria reflexión, hácense pródigos y se descalifican arruinándose.

Los políticos de bajo vuelo, muñidores del Tesoro público, suelen darse buena vida; el gabán de pieles y el puro habano son su natural elemento. Pocos amasan una fortuna que les permita consolidar para sus descendientes la honorabilidad lograda, pero casi todos proceden como corresponde á personas ejemplares.

¿Y el comercio? Toda la sangre vertida en la Revolución Francesa, no tuvo más empleo que abonar el árbol cuyo fruto es gloria de los comerciantes; la raza despreciable y maldicida ennoblecióse al fin; para eso cortó la guillotina millares de cabezas; los parias de la sociedad antigua son los feudales de la moderna sociedad. El hortera que me vendió por la mañana un trozo de queso y la señorita que me probó unos guantes por la tarde, se codean conmigo en el patio de butacas del Real por la noche; hay marqueses de chocolate y condesas de vara de medir; pero ¿qué chocolate y qué medidas! Para consolidar esas fortunas y esos títulos, la humanidad se desayunó durante muchos años con el sobrante de la comida inmundicia que rechazaron los perros y los pobres, convertido en cacao por un hábil tostador, y los delantales de millones de niños y las camisas de millones de mujeres no tuvieron jamás la holgura requerida.

Ya veis de qué modo, manando fácil de tres manantiales distintos, llega la ejemplaridad á constituir una sola charca, se unifican los caracteres al mezclarse unos con otros y se apelmazan las ansias y aspiraciones en un anhelo común hacia todo lo insustancial, estéril y frívolo y en un

desprecio elocuente de la inteligencia, del trabajo humilde y penoso, de la virtud que huele mal y viste andrajos. ¿Cómo no despreciar al pobre sabiendo, como sabéis, por experiencia, el poco esfuerzo, la poca sabiduría, la poca delicadeza necesarias para llegar á enriquecerse? Vosotros, á pesar de vuestra elevada posición, sois tolerantes: nunca os burláis de las personas bien trajeadas y lucidas; nunca os reis de una vieja presuntuosa mientras cubra de riqueza su pellejo; no escarneceis la pedantería de un diplomático, el amaneramiento de un artista, la insuficiencia de un académico, mientras el exterior de tales personas acredite su corrección. Solamente la odiosa malicia de los miserables que viven de milagro y comen en las tabernas, puede negar atenciones á los que tienen una jerarquía social y dinero bastante para dignificarla y enaltecerse. ¿Quién hizo las casas y los palacios y los ferrocarriles y los tranvías? ¿Quién lo hace todo en el mundo? El dinero. Alguien me replicará tal vez que la mano del hombre y su inteligencia; pero, ¿já ver qué mano y qué inteligencia trabajarían sin cobrar! El dinero es la rueda catalina que todo lo mueve; glorifiquémosle, y glorifiquemos por él á cuantos los atesoran. Son, como los sacerdotes de las religiones antiguas, guardadores del secreto divino. Gracias á los gigantescos bancos, á las fortunas inauditas, á las aglomeraciones anónimas del capital, se ha creado un poder único, invencible; sostiene los tronos, organiza los ejércitos, adelanta las ciencias, fecunda las artes, provoca las ingeniosidades y astucias de los hombres; y sin él nada existe. ¿Cómo despreciar al Todopoderoso de la tierra? El nos ofrece la medida y la comprensión de todas las cosas; no sólo adquirimos con él perdices y pavos y golosinas y trajes y botas y sombreros y butacas para los teatros y cuanto existe y se crea, sino el convencimiento del valor de todo lo inmaterial, que no es consumible, ni divisible, ni comestible. Para nosotros el mejor pintor es el que saca más dinero de sus cuadros; el mejor poeta el que logra más producto de sus versos; el mejor médico el que ingresa más en su caja; el mejor abogado el que cobra mayores minutas... Díganme cuándo la inteligencia del hombre llegó á una generalización y unificación semejante; qué método crítico ni qué sistema filosófico, ni qué hipótesis científica nos dió un resultado tan maravilloso, y sin calentarnos la cabeza.

Saldréis de aquí satisfechos y emocionados, convencidos en absoluto de vuestra superioridad, porque supe cantar alabanzas; y cuando yo me retire, diciendo todos que acerté, como los curas en la Misa Mayor, os inciensaréis los unos á los otros. Así pagáis á cada uno y cada uno se cobra la sumisión que representa ir á donde os llaman, vestir como os ordenan, admirar lo que os imponen, desear lo que os indican y desconocer acaso lo que os conviene por obedecer como ciegos á la ignorada voz que os guía. «Es la moda»; «Es de buen gusto»; «Así debe hacerse». Con esto basta para sacrificarse á un lujo y á una trivialidad que os divierten porque suponéis que á los otros les divierte. Asombra que vuestro positivismo cruel se disuelva en fórmulas tan vagas. Y sería muy amargo descubrir algún día, que los ritos vuestros los fabrica en un desván de París un pobre ser astrobo y bohemio que dibuja un figurín ó escribe recetas de arte y distinción sonriendo irónicamente en vuestra sencillez, sin el más insignificante orgullo, porque sabe que no es el mérito de su obra, sino el misterioso resplandor mercantil de que se la rodea lo que subyuga; sabe que no podéis aceptarla como personas inteligentes y libres, acatándola como esclavos.

Luis RUIZ CONTRERAS

Es curiosa esta profecía que hizo Pi y Margall en su maravillosa obra «Las nacionalidades».

«Portugal tiene cien veces más asegurada la libertad y el orden que nuestra desventurada patria.»

Los hechos han confirmado la predicción del pensador ilustre.

Vivir es sentir.

CABANIS

NOTAS POLÍTICAS

LAS MANIFESTACIONES

Cumpliendo lo dispuesto por el Comité de la Conjunción republicano-socialista, se celebraron el domingo pasado manifestaciones en casi todas las capitales y pueblos importantes de España.

En aquellas donde por apremios del tiempo no pudieron ser organizadas, se verificaron mítines para aprobar las conclusiones que han sido enviadas al Gobierno.

Todos estos actos fueron una evidente demostración de que la alianza entre socialistas y republicanos constituye una fuerza capaz de imponer orientaciones que deben ser atendidas, por interés del propio régimen.

La manifestación celebrada en Madrid lo demuestra. Los monárquicos recurrieron á toda clase de habilidades: refinaron la perversidad de la intención al reseñar desde sus periódicos el acto, pero con todo ello no lograron restar una pizca de importancia á aquella grandiosa expresión del sentimiento público, que tuvo como final el apocalíptico discurso de Melquiades Alvarez, más concreto, más elocuente, más enérgico y más radical que nunca.

El efecto de estas cosas no puede destruirse con nada. Son hechos consumados á los que hay que rendirse, y ¡ay del que no se rinda!

LOS CONSUMOS

Oportunamente y á medida que se vaya desarrollando su discusión en el Congreso, nos ocuparemos del proyecto que ha presentado el Gobierno para sustituir el impuesto de Consumos. Por lo pronto, puede anticiparse que el intento merece alabanzas, puesto que viene á satisfacer una aspiración nacional.

El proyecto, por la precipitación con que va á ser discutido y aplicado, no puede ser perfecto.

La práctica y las necesidades de las haciendas municipales indicarán, pasado algún tiempo, las modificaciones que deben introducirse. Será, por consiguiente, este proyecto, la medula de todas esas leyes que es necesario hacer para abaratar los artículos de primera necesidad.

Ahora lo importante es desterrar los flatos y las casetas, y como el proyecto tiende á esto, merece nuestro aplauso y nuestro apoyo.

LA LEY DE ASOCIACIONES

La ley de Asociaciones, leída en el Congreso, es un *camelo* dado por Canalejas á la opinión liberal.

Aprobada esa ley, quedarán las cosas en el mismo lugar en que se encontraban. El problema clerical conservará los mismos ó peores caracteres que ahora tiene, las Asociaciones religiosas se desarrollarán más fácilmente al amparo de la nueva ley, adquirirán mayor preponderancia, más fuerza é influirán más decisivamente que hasta aquí en la vida política nacional.

Y para hacer esto, Canalejas se ha llevado ocho años en la oposición, hizo una campaña agitadora por Cataluña y Levante, concurrió á los mítines de los republicanos, formó el bloque y conquistó el Poder en una emboscada...

¡Lástima de tiempo y de trabajo para tan poca cosa!

La prisión de Noel

Por egoísmo

Mi pluma escribe por egoísmo...

¿Qué, os alejáis de mí, vosotros, hombres todos, hipócritas que os encubris con el antifaz del altruismo? Sabed que no me importa vuestra huida, pues no he llegado á ser tan bajo que me quiera convertir en pastor de humanos rebaños.

¿Os asusta la palabra egoísmo? Vuestra filantropía es egoísmo también, puesto que al hacer un «bien» á vuestros semejantes buscáis el placer del «deber» cumplido.

Sois egoístas, así como yo. Somos iguales, con una diferencia en mi favor: yo gozo de mi egoísmo fiera, salvaje, naturalmente. Vosotros... vosotros tenéis por

amado un egoísmo vergonzante, mezquino, degenerado, y gozáis con él allá, en las anfractuosas y obscuras interioridades de vuestro ser, masturbándoos torpemente. ¿Qué bello es el egoísmo! En todos reside, viril ó débil. Por ser sumamente egoísta la Humanidad...

Pero ¿á qué mi defensa? Lo que es no necesita defensores, pues siempre es. El egoísmo es en todos. Y si no fuera en todos, mejor: en mí existe, en mí lo cultivo con el amor único que me queda, y si en los demás no existiera mi yo, triunfaría prontamente.

Mi pluma sólo la mueve el egoísmo. No la hace escribir el haber quedado admirada ante el Hombre-Dios, el haber sido subyugada por la palabra de cualquiera, sugestionada por el escribir de pluma alguna. «Soy Hombre, nada de lo humano admiro».

¿Escribo por el Pueblo? Tampoco. Sálvese de por sí—si puede—, que sólo á él le incumbe redimirse, y la autorendición del esclavo será su única salvación cierta.

No me hace escribir la «justicia», ni el «bien». Yo no entiendo del «bien», tampoco sé del «mal». Preguntadme cuál es lo que me daña ó lo que me beneficia; lo primero para mí será lo injusto y malo, lo segundo lo justo y bueno. ¿Moral ó inmoral? Bah, bah; provechoso ó nefasto para mí.

«Cuando las barbas de tu vecino veas pelar...» He aquí el por qué de yo escribir este artículo.

Todos estáis enterados de lo ocurrido: Noel dió una conferencia en el Centro Federal, presidido por el diputado provincial Sr. Prida. Después de dada la conferencia, Noel fué detenido; procesado con arreglo á la ley de Jurisdicciones, hoy está preso, y en la cárcel seguirá si no hacemos porque ocurra lo contrario.

El delegado de la autoridad, asistente á la conferencia, dice que el orador lanzó conceptos delictivos. El conferenciante, al igual que el público oyente, niega. Sin duda de ninguna especie, la verdad está con los denegadores: Noel no odia el ejército; en él sirvió como voluntario, y su amor hacia él es grande. Noel tiene el suficiente talento para no caer bajo el peso de la ley al hablar. Los delegados gubernativos—casi nunca—andan muy á buenas con el saber, tampoco están muy sobrados de buena intención; seguramente el que le cupo en suerte á Noel se le figuró, ó se le quiso figurar, que donde dijeron digo fué el decir Diego.

Cuando lei la detención de Noel, me hablé á mí:

—Otro que cae. Menguadas están las libertades en España, y cada día nos las van dejando más escasas. ¿Será hora, no de mendigar, de apoderarnos del libre escribir y del no esclavizado hablar? Yo creo que sí es hora, mejor dicho, hace tiempo que el reloj la dió; pero nosotros, sordos, no la hemos oído.

Y mi egoísmo me ha dicho:

—Necio serás si no tomas parte en la cruzada. Sólo los que se doblan, únicamente los que comen y cenan de la mentira, pueden permanecer inmovibles en casos tales. Quien es rebelde, el que siempre lleva la verdad escrita en la frente, dándosele un verdadero las consecuencias, no puede permanecer callado cuando se acosa al rebelde. Tu egoísmo habla: si dejas enseñorearse la tiranía, ésta te hará esclavo.

Y, convencido, he cogido la pluma, he escrito lo que antecede y escribo lo que sigue:

Dios moderno, al cual no me rebajo; Pueblo halagado por todos, ¿crees que te son necesarios los redentores? ¿No te sientes capaz de emanciparte por ti mismo? Pues entonces apoya, cuando esté en peligro, á quien con poco ó con mucho quiso contribuir á tu bienestar. Ve que si no haces esto, nadie saldrá á la liza en tu defensa: los Cristos han concluido, y el que hubo se dejó sacrificar, porque—aun cuando el pueblo que quiso salvar le abandonó—Cristo pensaba que su Padre premiaría el sacrificio con la vida eterna y la redención humana. Pueblo, tu egoísmo habla: si no piensas en quien se dirige á ti, nadie en ti pensará.

Por egoísmo quiero ser—y el Pueblo debe serlo también por la misma causa—defen-

sor de los fueros libertarios; quiero poner cuanto valgo al servicio—no de Noel, fijos bien, sino de su libertad.

¿Hay en las filas algún lugar vacío, sea cual fuere? ¿Sí? Pues, hoy por hoy, yo le ocupo.

L. GUESTA MARTIN

ABERRACION

No otro calificativo merecen los actos que en contra del Progreso y de la Libertad realizan á diario los carlistas.

Cualquier partido político, sea cual fuere su idea, tiene una razón de existencia, excepto el que nos ocupa: sin olvidar que en los partidos turnantes los hay que, disfrazados por un tenue velo progresivo—cuestión de forma—, en el fondo son reaccionarios acérrimos. La última etapa conservadora afirma esta opinión: pero, ¿el carlismo?...

Esta agrupación debe colocarse, siquiera por honor á la Historia, en la reserva inactiva, en el turno de lo que fué, de algo que pretendió ser, de lo que el Progreso ha relegado al olvido, de aquello que no merece, no ya la atención, ni siquiera el ademán despectivo de los hombres cultos.

El carlismo desempeña hoy el vaporoso papel de fantasma: es el aparecido inofensivo de funestas tradiciones: la inactiva y fría estatua del remordimiento para sus adeptos: la asquerosa é irritante sombra de sus sanguinarios ex jefes de partidas, tristes personajes que ensangrentaron el suelo patrio con la bufo-trágica comedia por ellos mal representada, que acrecentó los odios á su injusta causa: en una palabra, es la imagen del *Imposible*, personificado é incensado inútilmente por ellos mismos.

Y decimos nosotros: Ante tanto absurdo como monopoliza este partido (?) político, siquiera por humanidad, ¿no podríamos poner coto á sus desmanes, impidiendo sus provocativos actos? ¿Qué adelantan con ellos? ¿Quiéren que les reconozcamos el derecho al patateo? Voluntariosos accedemos á ello, si prometen no patear muy fuerte...

G. D. ONALZO

CRONICA SOCIAL

En desacuerdo

MAYO

14

1.35. — La Iglesia quema vivo á Arnaldo de Brescia.

DOMINGO

Dice *El Imparcial* en su artículo editorial del viernes:

«La divergencia de criterio de los albañiles y de los empresarios de construcciones debe ventilarse entre ellos, sin que se generalice á los demás oficios. ¿Qué razón habrá

para que esa divergencia produzca una interrupción general del trabajo en Madrid? ¿Cómo podrá justificarse que, para significar el apoyo á los huelguistas, hayan de causarse daños enormes á la economía pública y acaso á la paz social?»

Una sola, colega burgués: la de que tantas veces tenemos razón los obreros y no nos la dan, que hoy estamos dispuestos, los obreros todos, á que nos la den.

Después continúa:

«Las huelgas generales, siempre funestas, sólo podrían explicarse en un estado de abierta lucha entre el capital y el trabajo, cuando las autoridades se ponen francamente al lado de los patronos y cuando á los obreros se les niega el ejercicio de las leyes y se les perturba en la función de sus Asociaciones. No estamos en ese caso. Así como reconocemos que los delegados del Gobierno no han actuado con acierto para que concluya la discordia, de igual modo puede afirmarse que han procedido con el mayor respeto para los dos bandos contendientes. No se improvisan las huelgas generales por el acuerdo

de un Comité revolucionario. Es preciso el concurso de una buena parte de la opinión influida por el agravio á los obreros. Es preciso que éstos puedan exponer en el capítulo de sus quejas daños contra su vida, vilipendio de su honor, ataques á su dignidad. Y tampoco estamos en ese caso.»

¿Pero es que ha desaparecido la lucha entre el capital y el trabajo? Hay que ser más *Imparcial*; la huelga general que proponen los obreros, no obedece á ningún mandato de Comité revolucionario.

Quejas de los obreros, vilipendio de su honor, ataques á su dignidad.

¿Pero puede haber más que negarle á un hijo el reconocer á su madre, señor *Imparcial*, usted que tanto halaga á los obreros? ¿Concibe que los amantes de la organización debemos consentir que una Asociación de patronos se niegue á reconocer la nuestra? Ellos son asociados; si lo son; si usan de un derecho que á todos los ciudadanos nos concede el art. 13 de la Constitución del Estado; si se asocian para su defensa; si reconocen la necesidad de la unión para obtener más ganancias, ¿por qué no reconocen la Sociedad de los obreros? Trata el colega de defender á las autoridades y al Gobierno, y los pone en ridículo; si no estuvieron acertados en sus gestiones de gobierno y fracasaron, hemos de ser claros: el operario que resulta inhábil se le despiden; cuando á un gobernador se le presenta una aurora boreal, se le exige la dimisión.

N. HEREDERO

VARIAS NOTICIAS

DE MADRID

Obreros tejeros.—Estos compañeros continúan la lucha, siendo su entusiasmo tan grande, que merecen por todos conceptos la protección de todos los que luchamos por la causa del trabajo.

Albañiles.—Son innumerables los donativos y ofrecimientos que diariamente reciben estos compañeros.

Los últimos son: de los compañeros de Oviedo, 300 pesetas y 100 de los carpinteros de Avilés, que se comprometen á remitir 25 semanales mientras dure la huelga.

DE PROVINCIAS

En Pechina.—Habrá fresco! El apoderado de D. Ricardo Burges Careaga, que sin duda nació en las faldas del Guadarrama, ha despedido á los obreros que tenía á sus órdenes por ser tan «exigentes» que reclamaban cobrar por semanas.

¿Qué «exigentes»? Total no les debía más que tres meses.

Mieres.—Por celebrar la fiesta del trabajo el 1.º de Mayo fueron despedidos 30 compañeros mineros; hicieron sus camaradas causa común y acordaron la huelga general; asustados sus despóticos explotadores, volvieron de su acuerdo. Una vez más queda demostrado que la unión es la fuerza.

LIBROS Y REVISTAS

San Ignacio y los jesuitas.—El distinguido escritor Ginés Alberola ha publicado un interesantísimo libro titulado *San Ignacio y los jesuitas*, que deben conocer cuantos profesen en España ideas liberales.

Con extensión nos ocuparemos de él como merece.

El volumen, muy bien impreso, consta de 240 páginas, y se vende en todas las librerías al precio de 3 pesetas.

Servet, por el doctor Pompeyo Gener.—Puede calificarse este libro, que acaba de publicar la Casa Maucci, de Barcelona, como un monumento definitivo á Miguel Servet.

Pompeyo Gener, cuyo renombre es admirado en toda Europa y América, ha dedicado largos años al escrupuloso estudio de la gran figura de Servet, el insigne español que resulta ser uno de los diez grandes hombres de la Humanidad, según la gráfica expresión de Eliseo Reclús.

En *Servet* se determina su lugar de nacimiento y su progenie con documentos fidedignos en la primera parte del libro.

En la segunda parte el autor estudia las obras, los descubrimientos, las ideas y las tendencias de este genio universal, *médico, filósofo y teólogo*, siendo su conclusión la de que encarnaba enfrente del Protestantismo el Renacimiento del espíritu greco-latino con la reivindicación del hombre.

En la tercera parte de *Servet* se ocupa el autor del proceso infame que Calvino, su enemigo, le hizo instruir, por rivalidad, para legitimar el horrendo suplicio de la hoguera, que le aplicó sin motivo alguno. «He leído y releído—dice el autor—el proceso, y conmigo uno de los primeros abogados suizos. En ninguna de sus páginas resulta motivo alguno serio, no sólo para la condena, sino ni tan siquiera para su detención.»

En esta parte última se hace un análisis del protestantismo en general, y especialmente del calvinismo, demostrando ser éste, al revés de lo que muchos creían, un movimiento antiliberal, antivital y antihumano. Un sinfín de documentos auténticos apoyan tan magna obra, y de ella resulta triunfante la colosal figura del gran sabio español, al cual, hasta ahora, no se le había rendido la debida importancia.

Un tomo de 320 páginas, en papel especial, con ocho láminas, y de confección tipográfica esmeradísima, 3 pesetas.

La Revolución portuguesa, por José Brisa. —La Casa editorial Maucci, de Barcelona, acaba de publicar la segunda edición, aumentada, de este completísimo libro, que contiene cuanto se refiere a tan importante suceso histórico.

Después de un ligero resumen de los principales hechos de la casa Braganza y

de las causas que ocasionaron el regicidio de Carlos I, relátase los preparativos revolucionarios llevados a cabo por los **prohombres** de la República, la muerte de Dos Reis y el esfuerzo supremo del bravo oficial de la Marina portuguesa Machado dos Santos, que inició el triunfo de la causa defendida por los libertadores de Portugal.

Los momentos trágicos de la revolución están descritos, según relatos de testigos presenciales, con toda la conmovedora grandeza del movimiento republicano.

La expulsión de las órdenes religiosas, las anécdotas y detalles íntimos de la familia real, su destierro y el abandono en que sus adeptos les dejaron, etc., son otros tantos temas que dan al libro todo el interés y emoción de la realidad.

Son bellísimas las ilustraciones de esta obra: vistas de barricadas y efectos de los proyectiles, campamentos de tropas revolucionarias que más se distinguieron.

Un volumen de 320 páginas con artística cubierta en colores, original de Navarrete, y 135 grabados, 2 pesetas.

M. R.—Aldeanueva de la Vera.—Recibidas 3 pesetas.

F. Z.—Fuente Ovejuna.—Idem 2,55; remito 10 calendarios Morato.

A. R.—Lorca.—Remito paquete numeros 19 y 20.

B. G.—Abarán.—Tomo nota.

E. O.—Cabezarados.—Idem.

J. G.—Ecija.—Recibidas 1,50; gracias.

Donativos a "La Palabra Libre,"

	Pesetas.
D. Felipe Davila, Madrid.	1,00
D. José Domenech, idem.	0,50
D. Nicolás G. Fernández, Salamanca.	0,35
D. Agustín Calabria, Valdepeñas.	2,00

(Continuad.)

REGALO A NUESTROS SUSCRIPTORES

Muchos amigos nos han significado el deseo de tener un ejemplar del proceso Ferrer y el de Morral, publicados por el Congreso de los Diputados. En la imposibilidad de complacer a todos, porque la obra no se vende, vamos a regalar un ejemplar que poseemos a nuestros suscriptores. La Administración remitirá un billete con cinco números a cada suscriptor que se encuentre al corriente de su cuota, y a quien tenga el número igual al del premio mayor de la última Lotería de Junio, le enviaremos los siete tomos encuadernados lujosamente.

Los que se suscriban por un trimestre, desde ahora hasta el día 15 de Junio próximo, tendrán el mismo derecho que hoy concedemos a nuestros suscriptores.

CORRESPONDENCIA

E. B.—Baracaldo.—Queda usted servido.

J. G.—El Carpio.—Idem id.: recibidas 2,40.

J. M.—Beas de Segura.—Recibidas 1,05.

J. G.—Valencia.—Idem 2,58.

R. C.—Villanueva de la Serena.—Idem 1,92.

M. V.—Vigo.—Idem 3,60.

R. E.—Las Palmas.—Idem 2,40.

R. F.—Nerva.—Cumpli su encargo: recibidas 8 pesetas.

M. C.—Palma del Rio.—Recibidas 1,40 por el segundo trimestre.

Fumadores

EL HUROL, fumado con el tabaco, lo aromatiza, destruye sus propiedades tóxicas, cura las afecciones de la boca, garganta y pecho, especialmente el catarro gástrico de los fumadores, y alivia en la tuberculosis. Lo fuman á diario los principales médicos de la corte y provincias.

Frasco para 500 gramos de tabaco, una peseta.—Victoria, 6 y 8, Farmacia.

ESCUELA BERLITZ

ENSEÑANZAS E IDIOMAS
PRECIADOS, NÚM. 9

Clases de Francés, Inglés, Alemán é Italiano

Honorarios: 15 pesetas mensuales.
— 40 idem trimestrales.

Lecciones particulares en la Academia y á domicilio

El METODO BERLITZ es el más rápido para la enseñanza de idiomas y está consagrado por más de treinta y cinco años de práctica.

CARABAÑA

AGUAS NATURALES

NaO. SO³, 10HO gramos 257=NaS. O gramos, 0499

Interesa á todos saber:

1.º Que no existen otras aguas salinas sulfatadas, sulfatado-sódicas que las de CARABAÑA.

2.º Que no existe tampoco ningún otro verdadero manantial de aguas purgantes en explotación que el de CARABAÑA.

3.º Que los demás llamados manantiales, son solamente aguas recogidas en hondos pozos ó charcos, producto de exudaciones de terrenos, salitrosos, **MAGNESÍCOS Y POTÁSICOS**, sales nocivas y altamente perjudiciales al organismo humano.

4.º Que en el manantial de CARABAÑA todo es público y todo el mundo puede tomar gratuitamente el agua al nacer, para toda comprobación necesaria.

Son *Purgantes y Antibiliosas*, por su sulfato de sosa; son *Depurativas*, por su cloruro de calcio, y son *Antisépticas, Antiherpéticas y Antiescrofulosas*, por su sulfuro de sodio.—Declaradas por la Ciencia Médica como regularizadoras de las funciones digestivas y regeneradoras de toda la economía y organismo. Son el mayor depurativo de la sangre alterada por los humores ó virus en general.

La salud del cuerpo Interior y exterior

Opinión favorable médica universal, con 30 grandes premios, 12 medallas de oro y 10 diplomas de honor.

ALMACENES-DEPÓSITOS: DOCTOR FOURQUET, 27

Los pedidos y correspondencia al propietario:

J. CHÁVARRI, Lealtad, 12
Apartado de Correos 239. MADRID

REGALO

NUESTROS LECTORES

Remitiendo este cupón y DOS PÉSETAS en libranzas, recibirán certificada á vuelta de correo, la obra de E. Barriobero y Herrán,

SYNCERASTO EL PARÁSITO

novela de costumbres romanas, que se vende á 3 pesetas en las librerías.

Solución Benedicto

de glicero-fosfato de cal con **Creosotal**

Para curar la tuberculosis, bronquitis, catarros crónicos, infecciones gripales, enfermedades consuntivas, inapetencia, debilidad general, neurastenia, caries, raquitismo, escrofulismo, etc.

Frasco, 2,50 pesetas

Farmacia del Dr. Benedicto

San Bernardo, 41. Madrid

Teléfono 634

y principales farmacias